

Sí, era feliz, le había tocado en suerte la mejor muchacha que pudiera desear; era muy hermoso estar de acuerdo con todas las cuestiones, tener esperanzas y deseos comunes. Algunas veces, cuando oían juntos un trozo de buena música, se conmovían ambos hasta el punto de saltárseles las lágrimas, pensando en los compañeros de otros países, en los trabajos de todos, en el porvenir, en su hijo que podría ver un mundo mejor.

Y yo, á mi vez, mirando aquel guapo mozo, aquel «enemigo de la familia» tan feliz y enamorado, pensaba lo mucho que le ennobleció la familia y le daba fuerza, ¡cuán sano y fecundo era el amor suyó! en aquella primera juventud en que el matrimonio aparece todavía á los ojos de la mayor parte de los jóvenes de la burguesía, como una cosa lejana, como un fin natural después de muchos años de amores vagabundos, de seducciones, de adulterios, un buen contrato para redondear el patrimonio, ó una buena alianza para asegurar la carrera. Y confirmóme en la fe de que un cambio social que hubiese difundido entre la juventud tales amores, sería muy sano y benéfico, y crearía la familia en aquella edad en que ahora no se quiere por torpes razones de interés, ó por innobles razones de conciencia.

En tanto que yo hacía estas reflexiones y que él se disponía á bajar, le ví meter rápidamente no sé qué cosa en el bolsillo de un caballero que estaba delante.

Asombrado, le pregunté qué había hecho.

El sonrió.

Era un opúsculo titulado: *Los calumniadores del*

*Socialismo*, á cinco cénticos. Tenía, según me dijo, la costumbre de repetir aquel acto siempre que podía, no para convertir á los burgueses, ¡oh, no! sino para aclarar sus ideas, para destruir la leyenda absurda que se formaba alrededor del socialismo en la mente de muchos, los cuales acababan por creerlo, cosa muy distinta de lo que es en realidad.

— Cuando llegan á casa,—dijo,—leen con curiosidad, y cuando menos, desaparece algún perjuicio, todo eso se va ganando.

Y me contó que otros compañeros hacían lo mismo que él, y que el primero á quien le había ocurrido la idea, era á aquel propagandista conocido mío, quien sembraba opúsculos en todos los abrigos, y guiñando un ojo y señalándome al caballero, añadió:

— Por mi parte he colocado tres esta misma mañana.

Y contento y triunfante, como si hubiese hecho tres conversiones, saltó en la plaza San Carlos, donde ví alejarse y perderse, entre la multitud, su hermosa cabeza rubia, dorada por el sol.

\*  
\* \*

Hé aquí otra sonrisa sobre la frente de mi año que muere, otra página alegre para el último capí-

tulo, otro hombre feliz: en la calle de Garibaldi, sube al lado mío, en la plataforma, el joven pintor con una flor silvestre en el ojal y con una cara de Pascuas que viene á ser un anuncio de matrimonio. Previne sus palabras contándole que sabía ya lo que me iba á decir, por una oleada de rubor que cierto día acudió á las mejillas de una hermosa señorita, el último día que nos habíamos encontrado. Ruborizóse también un poco y le felicité. Díjele que me parecía una criatura angélica, que había admirado mil veces, pensando siempre en lo afortunado que sería el ciudadano de Italia junto al cual plegara ella las alas. Fulguraron sus ojos; pero se mantuvo serio y me hizo un discurso muy formal. La había conocido en Enero. Estaba muy contento. Buena índole, buen carácter, instrucción, juicio, muy cariñosa con su padre, que era excoronel de infantería, condecorado con dos medallas al valor. De fijo que sería una buena madre de familia y que vivirían juntos en el mejor acuerdo del mundo. Comprendí que aquella seriedad de psicólogo, de observador, era una impostura de enamorado y que aunque no hubiese tenido buena índole ni su padre condecorado, la hubiese amado furiosamente y tratado de poseer á toda costa.

—¿Sabe que es estudiante de medicina?—me preguntó.

Fingí no saberlo y le pregunté si le dejaría continuar los estudios.

—De ninguna manera, ni en sueños,—respondió con arranque, no recordando la apología que había hecho de los estudiantes, y adiviné yo en su acento unos celos otelianos contra toda la Facultad de Me-

dicina, contra todos los estudiantes y toda la clientela posible, sin excluir á los enfermos de dentición.

Quise saber si la había conocido en el tranvía, como me había dicho y se lo pregunté. Rió de todo corazón. La había conocido, efectivamente, en la línea del Puente Isabel.

—No se acuerda,—me dijo,—del hecho que trajeron los periódicos por aquellos días, de un carruaje de la Belga que al desembocar en el paseo Valentino chocó y volcó un coche de correos, tirando al suelo al cochero, que se hirió gravemente?

No me acordaba.

Pues bien, él la había visto por primera vez en aquel coche, y la había hecho impresión verla, en tanto que las otras señoras chillaban y se desmayaban, bajar valiente y tranquila, acudir en socorro del caído, levantar de tierra la cabeza ensangrentada y ponerla sobre las rodillas, para limpiar la herida con el pañuelo.

—He aquí,—pensé,—una muchacha de arrestos y de corazón.

Y había quedado él también herido; pero con una herida para la cual el pañuelo no servía. Luego la había vuelto á ver, y poco á poco... Pero á las primeras manifestaciones, no correspondidas, desesperábase el pintor y era entonces cuando tronaba contra las muchachas turinesas, hijas de Boreas, frías como los Alpes, cortadas todas por el mismo patrón.

Explicóme también la conquista inmediata, fulminea que la virgen muerta había hecho de su padre la primera vez que la había visto en el tranvía.

—Fué casi aquí mismo, —dijo,—en un carruaje de la línea de Puente Isabel, que llevaba el número 125.

Y no fijándose en que yo me reía al oírle recordar hasta el número, sacó la cartera, y como hubiese hecho con la reliquia de un santo, sacó de ella con gran cuidado y me enseñó el billete blanco de aquel trayecto memorable, todavía intacto, como si fuese del mismo día.

—Esto,—dijo con su sonrisa irgenua,—se lo enseñaré si algún día me hace desesperar y le diré: ¡Ah, cuán mal coloqué mis diez céntimos!

Y luego volvió á encerrar en la cartera su billete de marcha para el paraíso terrestre. Era feliz, verdaderamente feliz. Preguntóme cómo iba mi trabajo y si saldría pronto el libro, y cuando bajó saludóme con una sonrisa que demostraba tener el pensamiento ocupado en otra cosa. El «buenas noches» era para mí; la sonrisa para la señorita del número 125. Pero yo tenía casi medio permiso para colocar su idilio en mi *carrozza* y me marché satisfecho de mi trayecto.

\*  
\*\*

Otro individuo feliz; pero no con satisfacción mía. Subí en un mal momento para mí en un carruaje

característico de la víspera de Navidad salido de Porta Palazzo, lleno hasta rebosar de señoras y muchachos, cargados con nacimientos, pastores, asnos, bueyes, cabras, medio escondidos entre ramos de mirto y de laurel, con cajas sobre las rodillas y toda suerte de artefactos en los bolsillos y en las manos. Delante de mí, en la plataforma posterior, había dos carabineros que volvían la espalda á la puerta; á la izquierda, un grupo de personas reposadas y graves, que hablaban reposadamente del voto de la Cámara sobre la lotería para las Obras Pías de Turín. Después de haber escuchado durante un rato su conversación, volviéndome para mirar dentro del coche, vi á Guyot que estaba sentado, y que al verme volvió la cabeza hacia el otro lado, frunciendo el entrecejo, con la expresión de quien aparta sus ojos de una serpiente boa. ¡Bárbaro Guyot! No se consideraba pagado con la venganza atroz que tomó dos meses antes; me odiaba verdaderamente á muerte. ¡Era un enemigo implacable!

Esperé que su mirada se fijase otra vez en mí para hacerle comprender con una ojeada que no me habían quemado dentro de la carne, como él creía, sus dardos envenenados, que gozaba de buena salud y que estaba en condiciones todavía de causar daño á la sociedad. Pero no me miró. Pensé que mi vista le era insoportable y que por eso no me miraba. Entre tanto subió á la plataforma más gente, obligando á cambiar de sitio á los otros, y todos juntos se mezclaron apretándose y empujándose, buscando cada cual la posición menos incómoda para respirar y para resistir los vaivenes.

Apenas habían cesado las apreturas cuando al volver á mirar hacia dentro, advertí que mi enemigo me miraba con una ligera sonrisa que parecía de benevolencia. Debía haber ocurrido algún milagro. Pensé que después del gran movimiento invencible de repugnancia, pensándolo mejor, había decidido cesar las hostilidades. Sin embargo, su sonrisa no era franca, sino ambigua; parecía expresar más bien una complacencia maligna, y mirándolo fijo, advertí que su mirada sonriente oscilaba á derecha é izquierda, como un péndulo, apartándose y acercándose sucesivamente. ¿Qué había ocurrido? Miré á derecha é izquierda... ¡Abominable hombre! Había sucedido,

*como suele ocurrir algunas veces*

que los dos carabineros, á consecuencia de la subida y bajada de los pasajeros, habían debido apostarse uno á mi derecha y otro á mi izquierda y así resultaba yo, entre ellos, como si estuviera preso. El inicuo Guyot se deleitaba mirando aquel cuadro, cuadro que le representaba como una profecía, mi fin merecido é inevitable, el sitio que me guardaba la sociedad. ¡Y yo que me había ilusionado!... Y lo que más me irritó no fué su alegría de aquel momento, sino pensar que llevaría aquella alegría á su casa, que describiría aquel cuadro en familia, haciendo reír á sus amigos en el café; que aquel amanilleamiento ideal, serviría, sin duda alguna, para hacerle más grata la fiesta de Navidad. Tentado estuve de bajar de repente; pero me detuvo el pensamiento de que le gustaría mucho aque-

lla fuga, pensando que me encontraba yo harto fastidiado.

No pude contenerme, sin embargo, mucho tiempo; tiré de la campanilla y desgarré el cuadro, saltando afuera, después de haberle lanzado una mirada feroz, que de fijo le hizo pensar:

— ¡Qué mirada! Ha revelado su verdadera naturaleza. ¡Quién sabe! Esa gente es capaz de todo!...

\*  
\*

Aquella fué la sola aventura enojosa que tuve durante aquel último mes.

La mañana de Navidad, alegrada por un buen sol, los tranvías estaban llenos de señoras con abrigos de pieles, de niñas con juguetes en la mano, de señoras que llevaban á su casa golosinas suplementarias para el almuerzo, tenderos de pala y operarios recién afeitados. Todos los rostros aparecían serenos y vivaces. Únicamente contrastaban con esa alegría las caras ceñudas de cocheros y cobradores, entristecidos por la ruda jornada de trabajo

que se les venía encima, empezada para ellos á la luz de las estrellas y destinada á terminar entre bromas é insolencias de borrachos, después de haber tomado á prisa y corriendo cuatro malos bocados. ¡Para cuánta gente resultan terribles las grandes fiestas! Subí en la plaza de Carlo Felice para ir á la plaza del Statuto, y me pareció encontrarme en el mismo carruaje en que había hecho igual trayecto el primer día del año: era un continuo subir y bajar de señoras y caballeros, un cambio de sombreros y de reverencias, de sonrisas y zalemas, como en una sala de recepción. Durante un rato, desde la plaza San Carlo á la del Castillo, apenas hubo sino gente rica en el coche; todo eran plumas de avestrúz, manguitos de marta, relucir de brazaletes y de alfileres, de devocionarios y de bolsas de confites, todo elegancia, cumplidos y perfumes. ¿Cuántos de los que allí había, pensaron en el «celestes niño» nacido entre un asno y un buey, mil ochocientos noventa y seis años antes, y en las palabras que había dicho al mundo: *quod super est date pauperibus?* ¡Ay! El Niño quería decir para unos el principio del Carnaval; para otros la apertura del Teatro Regio; para éstos una fiesta alegre pasada en familia; para aquéllos un aguinaldo espléndido; y los solos altares, sobre los que muchos otros le adoraban, eran los escaparates de las tiendas llenos de capones, de langosta y de gelatina, por delante de los cuales corría rápidamente el tranvía. En ninguno de aquellos mil rostros que veía pasar podía leerse el propósito de cambiar de vida, empezando desde aquel día, ni el de ser bueno, justo, sincero, humilde, de amar á todos y de perdo-

nar siempre, como el Maestro Sublime, del que se celebraba el natalicio. Estudiaba uno á uno todos aquellos rostros, que no respiraban sino complacencia por el lujo, deseos de atraer las miradas, cuando al llegar á la plaza del Castillo subió una pareja conyugal que, no encontrando sitio adentro, se quedó enfrente de mí en la plataforma. Era la supuesta mujer del empleado postal, la *capitanesa*, que iba del brazo de un hombrecillo de cuarenta años, su marido, sin duda alguna, que sonreía vagamente con los ojos medio cerrados, como complaciéndose del abandono de muchacha enamorada con que se apoyaba sobre él su graciosa mujercita. ¡El capitán estaba olvidado! Y si aquella dulzura amorosa que se advertía en ella no provenía de la sucesión de algún teniente, significaba la vuelta del corazón arrepentido al raro afecto matrimonial, á la modesta, pero segura felicidad, circunscrita por el marco de la ventanilla de cartas recomendadas. Alegréme de ello, porque así podía acabar en forma edificante en mi libro la historia de su aventura.

Durante un momento ella me miró y pareció reconocerme, acordándose quizá del día en que ella y el otro querían arrojarme del tranvía. Ví pasar una sombra por su rostro... ¿Qué podía temer? ¿Que yo le preparase la mala pasada que le juego por medio de la imprenta? No lo podía ni soñar. Pero pronto se rehizo y se apoyó más fuertemente contra su marido que, esta vez, cerró del todo los ojos con una sonrisa más suave. *Dormi, fanciul celeste.*

\*  
\*  
\*

Después de Navidad pasaron algunos días sin que viese ningún conocido. Parecía que mis personajes me hubiese ya abandonado, ocultándose entre la niebla que continuaba envolviendo á la ciudad, húmeda y densa, escondiendo todos los objetos. Tres días antes encontré dos en el coche del Martinetto, en la calle Garibaldi, iluminados por un fugitivo rayo de sol. Estando en la plataforma, un poco á la izquierda de la puerta, ví dentro, de perfil, la esposa del barrio de San Donato, con la cabeza inclinada hacia la parte opuesta, parecida á la Maddona della Seggiola. Tuve una idea, alargué la cabeza y sentí una verdadera alegría al ver que tenía entre los brazos un niño de pecho. A su derecha estaba el marido.

¿Era ella verdaderamente? Tenía en la posición de la cabeza y del busto toda la gracia que daba la maternidad á su cuerpo desgraciado; en el rostro una nueva luz, algo así como la conciencia altiva y fuer-

te, de ser una criatura necesaria á otra criatura, con los ojos más grandes y suaves, como si en aquellos otros ojillos que la miraban viera por dos tragaluces un mundo misterioso y lejano. Había llegado por fin el chiquillo, el gran consuelo de la iniquidad de la Naturaleza y de la suerte, la anhelada esperanza de todos los días y de todas las horas, el que engrandecía su vida, la concepción de una empresa heroica.

En aquel mismo instante pareció que el chico me dijera:

—¡Sí, he llegado,—y me lo decía con voz aguda é imperiosa que acusaba la existencia de un cuerpecito sano y gallardo. Ella sonrió, mirando á su alrededor con cierto aire tímido, interrogó con la mirada á su marido, y con una mano en que se advertía la duda, ruborizándose lijaramente desabrochó los botones del pecho; luego con ademán resuelto y tímido, al mismo tiempo que enseñaba y escondía á la par, apagó aquella boquita ávida, que cayó en seguida para beber en la fuente de la existencia. Entonces ella levantó el rostro sonrosado y triunfante.

¡Oh, santa maternidad! Estaba verdaderamente hermosa. El pobre joven miraba aquella carita hinchada por el esfuerzo de la succión, con mirada fija y amorosa que parecía decirle:

—Bebe, niño; bebe con la leche el alma hermosa, el amor al trabajo, la resignación contra la pobreza, el valor, la dulzura, la fuerza; sorbe la vida de mi esposa y serás bueno y honrado; bebe el alma de tu madre, y serás nuestra riqueza y nuestra gloria.

En aquellos momentos los dejé haciendo votos en su favor y en el del nuevo personaje á quien había amado ya, y del cual había sido padrino por mandato de mi corazón antes que naciese, y que sería en lo sucesivo un recuerdo risueño de toda mi vida.

\*  
\* \*

Heme aquí llegado el último día, que para mí es solemne. Salí al anochecer, y una vez atravesada la plaza solitaria de la barrera de Niza subí á un coche de la línea de la plaza del Castillo, minutos antes que arrancase. Los faroles de la barrera disipaban apenas la niebla espesísima entre la cual se movían como larvas, cobradores, cocheros y guardias municipales, que esparcían en risa y en bromas la alegría bebida en las tabernas vecinas para festejar la entrada de Año Nuevo. Parecióme reconocer entre aquellas voces los gruñidos de Tempesta; pero cubrióla de repente el canto estridente de un grupo de beodos que salían de una tienda de la plaza, y de la cual no se veía sino el farol rojo.

Cuando partió el carruaje estaba yo solo en un ángulo, dentro. Era aquella la hora en que están llenos todos los carruajes que van á los suburbios, y van vacíos del todo los que van de la periferia al centro de Turín. Hubiese podido reclinar me sobre los cojines de la *Turinesa* y dormir tranquilamente, pero á pesar de que había pasado la noche casi en vela, no me adormilé siquiera. Distraíame la vista del camino lleno de niebla, entre la cual parecíanme desconocidos todos los cafés y tiendas que huían, y en la fuga de las bocacalles que no recordaba, y los amplios bancos oscuros de los solares sin edificar, detrás de los cuales adivinaba la campiña, dábame la ilusión de entrar en una gran ciudad extranjera. Aquel era para mí el último trayecto del año. Al pensar en ello, surgían en mi mente el pensamiento único que durante todo aquel año me guió, una confusión singularísima de imágenes. Se dibujaban los recuerdos de todos los trayectos como si no hubiesen sido interrumpidos por las otras mil ocupaciones de mi vida, y me parecía haber hecho un viaje continuo á través de las cuatro estaciones, de día y de noche, bajando de un carruaje para subir á otro, andando á delante y atrás sin reposo, durante toda la vida, como si no hubiese tenido otro domicilio que la *Carrozza di Tutti*. Y todas las personas, las escenas, los encuentros, los accidentes que me habían ocurrido sobre aquel escenario móvil, se dibujaban en mi memoria bien separados y distintos de los otros acontecimientos de mi existencia, como si estos atañeran á otro que á mí mismo, como si durante un año hubiese estado separado, en mi existencia y en mis intereses, de la

humanidad que se desliza por sobre los corrientes de aquella, que había visto y tratado fuera de las líneas del tranvía.

Pero por razón de la soledad y del mal tiempo, las personas y las escenas más tristes eran aquellas que se me aparecían más vivas.

A lo lejos, como en el seno de la niebla, pasaban las parejas amorosas de las jardineras dominicales, los eróticos apretados contra las señoras, las máscaras del martes gordo, los pasajeros saltadores, una confusión extraña de monjas y de aventureros, de sombreros adornados y de pañuelos melancólicos, de magistrados, de carabineros y de aldeanos que pasaban y se desvanecían. Cerca de mí, inmóvil y como bajo la luz del carruaje, veía la imagen angustiada de aquella pobre vieja que sollozó ante la visión de Abba Garima; la desesperación trágica de Taddeo y Veneranda fulminados por la muerte de su hija, el coche fúnebre del buen veterano que detenía el paso del tranvía, el cadáver sangriento del niño destrozado, y hasta la cara miserable de la vieja meretriz, asaeteada por las miradas de la Inocencia coronada de flores.

¡Cuántos dolores y cuánta miseria hasta en aquellas jaulas ambulantes, donde las miserias y los dolores no suben sin embargo! Desvaneciése un punto aquella tristeza viendo pasar del brazo al pintor y la virgen muerta; el tipógrafo rubio y su compañera, los esposos del barrio de San Donato, todos felices. Luego llegó otra oleada de gente entristecida; la pobre mujer roída por el cáncer, la tísica acosada por la tos, la madre angustiada de la corona mortuoria demasiado pobre, el cobrador cubierto de

sangre y todos sus compañeros cansados, que me traban en los ojos velados el tormento del sueño y el terror de la multa, y entre todos ellos, mi buen camarada de la Escuela de Módena, con su uniforme de revisor, que me hacía un signo triste de despedida...

\*  
\* \*

Interrumpió el curso de estos pensamientos una brusca parada. ¿Dónde estábamos? A través de la niebla creí reconocer la plaza de Niza. Subieron algunas personas, emprendió de nuevo su marcha el tranvía, y me enfrasqué de nuevo en mis recuerdos.

Misterios, desventuras, dolores. ¡Y además, cuántas tristezas, cuánta vileza, cuánta vergüenza! Aquí se empeñó una lucha en mi alma. Detrás del rostro bestial de Tempesta, martirizador de dos caballos, se levantaba la cara honesta y buena de Giors que me decía sonriendo:

—Me has conocido á mi solo; pero hay otros muchos Giors, te lo aseguro.

Surgía ante mi imaginación Desbottonass, embrutecido y enfurecido por el alcohol y detrás de él un grupo de otros borrachos; pero de pronto se interponía entre ellos y yo, la imagen del latonero

que me mostraba una multitud de amigos suyos, sobre cuyas frentes, como en la suya, brillaba una dignidad nueva, el rayo de la vida intelectual, el ardor de un santo é infatigable apostolado de civilización, de amor fraternal y de paz.

Acercábase á mí una procesión de señoras y caballeros, orgullosos, desdeñándose de ponerse en contacto con la gente del pueblo y que parecía insultaban con un desprecio incalificable á la miseria provocando el odio; pero casi en el mismo momento, ese grupo se abrió para dejarme ver la hermosa señorita rubia, enternecida y satisfecha, que estaba apoyando sobre sus hombros la cabeza gris del viejo montañés desmayado. Veía en frente el rico egoísta que no creía en el hambre y que calumniaba á la pobreza, que regateaba un céntimo, pero me pareció ver á un lado la caritativa familia burguesa que, al salir del drama, acariciaba la carita negra y daba dinero al pobre golfo; surgía de entre las sombras la figura antipática de Tintura Migone, el negrero cobrador insolente con los humildes, prepotente con los débiles, aborrecedor de los niños, pero veía por encima de su cabeza el rostro ardiente y la voz simpática de doña Quijotina que me decía:

—Aquí estoy yo que valgo más que todo un ejército de estos.

Luego, de repente, me asaltaba una muchedumbre de gente soberbia, depravada, vil, que se burlaba de mí y me decía:

—¿Qué es lo que piensas, imbécil?

— El mundo somos nosotros. Y otra vez aparecía doña Quijotina y la señorita rubia, el latonero y los

esposos de San Donato y el tipógrafo de la cabeza de oro que me decían á una voz:

—No, esos no son el mundo, como no son el cielo las nubes negras aunque le cubran algunas veces por entero. Espera en nosotros, cree en nosotros; confórtate mirándonos, nosotros somos la vanguardia de una generación hermosa; tenemos el porvenir en la frente y la victoria en el corazón; nuestro será el reino del mundo...

De nuevo me ví interrumpido; el tranvía se paró; reconocí entre la niebla el obelisco de la rebelión de 1821: estábamos en la plaza de San Silverio; subieron otros pasajeros; el tranvía partió de nuevo. Entonces el sueño empezó á dominarme; cerré los ojos y sentí acudir el sueño á mi cerebro, y quedé no sé cuánto rato, en ese estado que viene á ser como el de un sueño febril, agitado por imágenes vivacísimas. Veo á través de los cristales del carruaje la calle, iluminada por torrentes de luz blanca, atravesada por una multitud de carruajes luminosos y carros enormes, no tirados por caballos; veía pasar coches de todos tamaños y formas, movidos por fuerzas ocultas, que se internaban rápidamente, como la previsión confusa del viejo herrero, amigo del latonero, y pensando en el tiempo en que en las calles resonaba el restallar de las fustas y los gritos de los carreteros y cocheros, me parecía que aquellos eran recuerdos de un tiempo remotísimo, del cual quedase apenas la memoria. Miraba el tranvía que me llevaba ámplio y elegante como una sala y la gente que lo llenaba me parecía muy cambiada. Iba vestida de diversos modos, pero no con gran diferencia entre señores y pobres, como si todas

las clases se hubiesen confundido bajando un poco aquellos y subiendo estos á una medianía decorosa, y no vi como antes un contraste de vulgaridad y de gentileza, sino unos modales corteses en todos los presentes, unos ademanes menos fingidos que los actuales, una cortesía digna y sencilla, sin ningún indicio de ostentación ó de esfuerzo.

Algunas veces me pareció extraño todo esto y me hacía pensar. Dos pasajeros que estaban enfrente, discurrían sobre administración municipal, y los veía que hablaban tan familiarmente, siendo que uno tenía la mano delicada y blanca y el otro dos gruesas manos de trabajador, y más aun oyendo que el primero decía:

—Cuando se abrió la sesión...

Y que el otro le hacía observaciones á las cuales aquel prestaba una atención viva y respetuosa como sienten dos iguales. Y me parecía haber visto aquellos individuos largo tiempo atrás como en los primeros años de mi infancia. No me parecía nuevo tampoco el rostro del conductor, que con un hermoso uniforme, veía de perfil en la plataforma; en el modo de advertir cariñosamente á los que bajaban que tuvieran cuidado con los coches que pasaban cerca; y guardaban en mi memoria una vaga reminiscencia de aquella visión y de aquel acento cariñoso. Viendo un operario que estaba leyendo un diario y que se levantó cortésmente para ceder su sitio á una anciana, bien vestida, que entraba saludando á los pasajeros con una sonrisa, me hizo la impresión de un conocimiento antiguo pero olvidado durante muchos años. Poco á poco apuntó en

mi memoria, como un rayo que iluminase aquellos rostros, uno después de otro.

En los dos individuos que hablaban de asuntos municipales, reconocí al síndico de Turín y al obrero propagandista, el conductor era Tempesta y el operario que leía el diario Desbottonas, regenerado, y la viejecita que entró en último término, la madre del soldado ya contenta. Y aquel contraste entre la imaginación antigua y la nueva, aquellos modales, aquellas cortesías aquellos acentos que respondían á una vaga y ardiente esperanza del tiempo pasado, me llenaba el corazón de una dicha inefable, de una alegría que hizo acudir las lágrimas á mis ojos.

Tenía necesidad de desfogarme, de hablar con otros, de gritar:

—No era pues, un sueño; no. ¡Cuán bello era todo eso! ¡Cómo he podido creer que fuera un sueño?

Y estaba á punto de comunicar este pensamiento á un desconocido que estaba á mi lado, cuando al volverme, ví dos anteojos y una perilla: era Guyot.

Pero mis exclamaciones de asombro y mi sueño fueron de repente interrumpidos por un *alto* vigoroso que sonó en el tranvía y que me despertó sobresaltado. Abrí los ojos, y reconocí entre la niebla el paseo Victor Manuel, donde tenía que bajar para tomar el tranvía del paseo Vinzaglio que me llevarse á la plaza del Statuto. Encontré un poco de sitio en la plataforma delantero; en la desembocadura de la calle de Roma subieron otros dos viajeros,

uno de los cuales quedó sobre el estribo, contra lo que dispone el reglamento, con una pierna colgando, como un acróbata en el trapecio.

Había en el tranvía una concurrencia escogida; todo eran abrigo de rico paño, sombreros de copa flamantes, bigotes rizados, toda la gente alegre y de buen humor, y en todas se leía un mismo pensamiento; dábanse excusas unos á los otros por los pisotones recibidos y por los codazos que involuntariamente se daban, tratándose todos con una familiaridad propia de antiguos camaradas. De cuando en cuando, el tranvía se paraba para dejar subir ó bajar á alguna señora, y entonces aumentaban el buen humor y las cuchufletas, debiendo saltar del carruaje cuatro ó cinco para abrir paso, esforzándose otros para apartar el pecho y la barriga, no lo suficiente, sin embargo, para no sentir el contacto mórbido de los mantos, y los perfumes delicados de las cabelleras, que hacían centellear los ojos y dilatar la nariz. Así recorrí el primer trozo de la calle de Roma, y pasando al lado de la estatua de Manuel Filiberto, agigantado por la niebla, metióse el tranvía por la calle de San Carlo y plaza del Castillo. En este momento, para dejar paso á un señor gordo que bajaba de medio lado, volvíme sobre mis talones, y me encontré casi nariz contra nariz en plena luz de una lámpara eléctrica, con *Siapure*; el cual abrió los ojos y la boca, con aquella admiración propia de quien ve aparecer á un enemigo y que sentí reflejada en mi propio rostro. Aquella expresión duró solo un momento y bastó para que yo me dijera:

—Le toca á él, puesto que le hice saludar por su hija.

Y un impulso irresistible y brutal de orgullo, me hizo girar de nuevo dándole la espalda. Arrepentido sin embargo, de este acto, antes de haberlo cumplido:

—¡Ah, embustero! no era sincero, pues, el saludo que hiciste á la muchacha, que no te has atrevido á repetirlo al padre, pero era demasiado tarde.

—Ya no hay remedio,—pensé,—desperdiciada esta ocasión, no se me presentará otra jamás. ¡Ah, mísera alma mía!

—Edmundo,—oí decir en aquel momento por aquella voz que tantos años hacía que no había oído.

Entonces volvíme, rodeé con mi brazo su cuello, y le besé en el rostro; sintióme él y devolvióme el beso. Quedamos un momento así, con la respiración fatigosa y sin poder hablar.

Había en la plataforma el revisor coloso, el ex-carabinero, que me lanzó una mirada severa por no creer que aquella fuera una escena propia de un tranvía en pleno servicio. Pero *Siapure* no lo advirtió; tenía ya los ojos húmedos. Estrechóme de nuevo la mano entre las suyas, luego dió una sacudida á la campanilla porque iba á bajar.

—Quiero,—le dije,—volver á verte mañana.

—Iré á tu casa con la niña,—contestó.

Y bajo. Sentí un gran contento pero fué breve porque en el mismo instante le sucedió un sentimiento amargo de conmiseración para mí mismo. ¡Buen Dios! Habían sido precisos tantos años para

hacer una cosa tan sencilla, tan razonable, tan buena para ambos á dos.

Distrájome Giors, de quien me encontré al lado, porque habian bajado los demás pasajeros en la calle Garibaldi. Estaba contento; gustábale la niebla, que según su teoría fisiológica, «daba fuerzas al hombre,» y le alegraba los ojos la vista de los buenos bocados que estaban expuestos en los escaparates. Hablóme con gran admiración de un lechón en gelatina que habia visto en la calle de Roma. ¡Oh, demonio! ¡qué gran bestia! ¡qué maravilla! Una redondez de mapamundi, una blancura de leche dentro de aquel oro, tres kilogramos de cosa rica, una tentación que no podía apartar de su mente, que bailaba entre sus ojos por la calle, y que le hacía la boca agua lo mismo que si hubiese sido una fuente.

Diciendo esto reía como si aquel bocado le esperase en la barrera de Francia, donde acostumbraba á tomar el almuerzo. Truncó aquel discurso para cumplimentar á una joven rubia que subió á la plataforma con una niña en brazos, de un año á lo sumo, rubia como el sol, colorada como un melocotón, vestida de un modo elegantísimo y encapuchonada de pieles y que formaba como una corona alrededor de su carita de ángel mofetudo. Giors volvióse hacia atrás para abrir la puerta, pero la muchacha le dijo que no, que no se incomodase; la niña era caprichosa, no quería estar dentro del coche; gustábale ver como corrían los caballos; cuando apenas tenía seis meses, habia ya manifestado su voluntad. Y dicho esto quedó al lado de él te-

niendo la niña en brazos, con la cabeza á la altura de la suya y tan cercana que casi la tocaba.

La vecindad de aquella muchacha sobreexcitó sobremanera á Giors. Lanzó una carcajada enorme y exclamó:

—¡Hermosa *Totina!* Quiere estar fuera, quiere estar al lado de Giors, no le espantan sus bigotazos de espanta pájaros. ¡Ah, qué hermosa criatura! Es la amiga de los cocheros. ¡He aquí una señorita que sabe estar en el mundo!

E inclinando el rostro hacia ella, divertíase en pasar la mejilla sobre la guarnición blanca y mórvida de la capuchita, y reía, y se entusiasmaba, y la miraba á los ojos con la dulzura de un padre y la alegría de un muchacho.

Nunca me habia parecido tan bueno como en aquel momento, nunca tan noble y sana la concepción de la vida: nunca comprendí tan claramente como entonces de qué puro y profundo manantial provenía su valor, su alegría, su energía para el trabajo, la amable y fuerte serenidad de su alma honrada.

—¡Ah, mi hermosa *Totina!*—continuó diciendo. —Mirad qué hermosos ojos azules y que hermoso capullo de rosa es su boca! ¡Qué pan de mantecal! ¡Hé aquí una muchacha que encontrará marido aunque no tenga dote! Palabra de honor, si no tuviese ya tres quisiera tener una parecida...

Habíamos llegado ya á la plaza del Estatuto y continuaba haciendo el elogio de la niña. Le rogué que parara. Bajé y me dijo con su voz cordial:

—¡Buen año, caballero!

— ¡Buen año, Giors! —le contesté.

Llamóle la atención el acento con que le hice aquel saludo. Miróme y pronunció la palabra que desde hace mucho tiempo repito siempre, y que me parece la más dulce y la más sabia de las palabras humanas.

— ¡Esperemos!

¡Sí, mi buen Giors, esperemos!

FIN

ÍNDICE